

del antiguo ejército, que esperaban con impaciencia la ocasión de un nuevo pronunciamiento. Los generales y oficiales superiores de reemplazo ó retirados que habían concebido la idea de aquel movimiento, entre ellos el coronel Fabvier, no tardaron en reunirse, en medio del ejército de invasión, con los generales y jefes de cuerpo con quienes estaban en convivencia. Era tal la disposición de los ánimos en aquel ejército, que el coronel Fabvier, instalado en el centro de los acantonamientos de un regimiento de línea, pasó allí dos semanas, visitado diariamente por la generalidad de los oficiales y sargentos, sin que el jefe del cuerpo, realista exaltado, sospechara su presencia. Iguales disposiciones existían en otros varios regimientos, y en algunos, la resolución de enarbolar la bandera tricolor, ir á París á derribar lo existente y de allí al Rhin, era tan unánime y tan firme, que los oficiales hablaban de ello en los sitios públicos donde acostumbraban reunirse. El complot se descubrió en París.

El duque de Angulema había salido de París el 15 de marzo para los Pirineos. Los días 17, 18, 19 y 21 fueron fijados para la marcha de los oficiales y carbonarios que habían de trasladarse á Bayona con el objeto de ayudar á los refugiados franceses reunidos en territorio español. Implicados en anteriores complots, algunos de aquellos conjurados eran vigilados de cerca por la policía; fiados en el éxito de esta nueva intentona, no ocultaban sus preparativos ni sus esperanzas. De público se supo que en los días 17, 18 y 19 de marzo habían salido sucesivamente tres diligencias llenas de viajeros con destino á la frontera de España, y cuyos asientos habían sido pagados por una sola persona; en vista de lo cual, la autoridad se decidió á mandar detener, á pocas leguas de París, la diligencia designada para salir el 21, y los viajeros, entre los cuales figuraban un general de reemplazo, varios antiguos oficiales, entre ellos los señores Sneck y Vieux y el ex sargento Robert, uno de los acusados del 19 de agosto, fueron conducidos en la misma diligencia á la Prefectura de policía; se les registró el equipaje y se descubrió en una maleta dirigida al jefe de escuadrón Lostende, primer ayudante del conde Guillemín, mayor general del ejército de invasión, cierta cantidad de botones de águila, fajines y escarapelas tricolores, charreteras de oficial general, y un águila de regimiento con su asta de cobre dorado. Insistióse una causa que dió por resultado el inmediato descubrimiento de un complot que, urdido en el seno mismo del ejército de los Pirineos, con el objeto de sublevar á las tropas, tenía por autores ó por cómplices al propio mayor general, á varios tenientes generales y mariscales de campo, y á un considerable número de oficiales de toda graduación.

Dos reales órdenes de 23 de marzo nombraron al duque de Bellune mayor general del ejército de los Pirineos, en substitución del general Guillemín, y al teniente general vizconde Digeón ministro secretario de Estado de la guerra, durante la ausencia del ministro; y mientras el consejo destituyó á Guillemín y ordenaba el arresto de su primer ayudante, el jefe de escuadrón Lostende, el duque de Angulema llegaba el 20 de marzo á Tolosa y vistaba á los diferentes cuerpos de ejército acampados en torno de dicha ciudad.

En vista de que se había descubierto el complot, los

jefes que se hallaban más ó menos directamente comprometidos tomaron la iniciativa de las revelaciones, á fin de alejar las sospechas de que pudieran ser objeto, y asediaron al duque de Angulema con sus confidencias y protestas de realismo. Temerosos de que se tomaran indagaciones, los generales que temían verse comprometidos hacían observar que se agravaría el mal si se quería perseguir y castigar á los culpables; que la desertión adquiriría formidables proporciones; que se corría el riesgo de introducir la desorganización en cada cuerpo de ejército ó de precipitar la insurrección; que el único medio de sustraer la tropa á la acción de los agitadores y á las ideas de sedición que fermentaban en todas las filas, era dar inmediatamente la orden de marcha y arrojar de pronto el ejército sobre el territorio español; que, una vez pasada la frontera, soldados y oficiales no pensarían más que en batirse, y que toda idea de complot se desvanecería en presencia del enemigo.

Estas consideraciones hicieron mella en el ánimo del príncipe; no se contentó con escribir al rey á fin de conservar á su lado el mayor general Guillemín, que se había captado todas sus simpatías y toda su confianza, sino que también sometió al Sr. de Villèle las observaciones de los jefes militares que le rodeaban. El consejo de ministros escuchó esta vez las inspiraciones de una política prudente. Hacía siete semanas que la guerra era cosa irrevocablemente resuelta. ¿Quién era capaz de calcular los nuevos retrasos de que sería objeto el movimiento de las tropas, si se formasen sumarias en cada regimiento y se procediera á persecuciones cuyo término y extensión era imposible prever? Las Cortes aún no habían dirigido ninguna fuerza hacia la frontera francesa. ¿Les dejarían el tiempo de ocupar los difíciles y numerosos desfiladeros que existían entre Bayona y Madrid, exponiéndose á prolongar hasta pasado el invierno una campaña que el gobierno no emprendía sino con la esperanza de que sería rápida y corta? Por otra parte, ¿no sería alentar á los facciosos en el interior, y comprometer en el exterior la fuerza y la dignidad del gobierno real, el señalar al ejército como profundamente hostil á los Borbones, y dispuesto, á la primera señal, á alzar la bandera de la insurrección? Resueltos á sacrificar la averiguación y el castigo de unos cuantos culpables al interés de la realeza, los ministros no se contentaron con echar tierra sobre el complot, sino que ordenaron la libertad inmediata de Lostende, volvieron á enviarle al cuartel general con un grado superior, y mantuvieron al conde Guillemín en su cargo de mayor general. Era de esperar que, una vez allanadas aquellas dificultades, el ejército podría entrar inmediatamente en campaña; pero obstáculos de otra naturaleza amenazaban retener aún por mucho tiempo las tropas francesas en sus acantonamientos.

Si el gobierno de las Cortes, fiado en las ruidosas proposiciones de mediación hechas por Inglaterra y en las seguridades altivas de sus agentes, había descuidado sus preparativos de defensa, por su parte la administración militar francesa, detenida por las incertidumbres que constantemente se habían tenido sobre la solución definitiva de la cuestión de paz ó de guerra, tampoco estaba preparada á subvenir á las necesidades materiales de una invasión. «No os ocupéis de provisiones; no impongáis sacrificios inútiles al tesoro; la paz todavía es

posible; esperad,» escribían diariamente del ministerio de Hacienda al intendente en jefe del ejército, M. Sicaud, cuya insuficiencia notoria se hallaba cubierta por aquellas órdenes, y que nada había dispuesto para una entrada inmediata en España. Además, la administración militar estaba tan desorganizada, que el forraje y la cebada disponibles bastaban apenas para ocho días y se hallaban almacenados en medio de los acantonamientos de infantería, mientras que el trigo lo estaba en los acantonamientos reservados á la caballería, de modo que en muchos puntos había que dar salvado en vez de cebada á los caballos. El servicio de transportes era aún más deficiente; no había acémilas, ni cajones, ni carros para llevar detrás del ejército los cartuchos, las municiones, las armas de repuesto y los equipos. La caballería, por falta de subsistencias, iba á verse obligada á retroceder hasta las llanuras de Tarbes; y, á pesar de la orden formal de empezar las operaciones del ejército del 5 al 10 de abril, no parecía posible abrir la campaña antes de tres meses.

El ministro de la Guerra escribió al duque de Angulema que comprase en los países que atravesase las provisiones necesarias, pagándolas al contado, para lo cual podía disponer de los 18 ó 20 millones existentes en las cajas del ejército, y que contratase los servicios de transporte.

En estas circunstancias llegó á Bayona, el 3 de abril, un hombre conocido por la osadía de sus operaciones, por los recursos de su inventiva y que, mezclado en la mayor parte de las grandes especulaciones de la República y del Imperio, no había vacilado, pocas semanas antes, en encargarse, por cuenta de la Regencia de Urgel, de colocar el empréstito abierto por este poder efímero pocas horas antes de su desaparición. Este especulador era M. Gabriel Ouvrard, que había salido de París sin dinero y sin crédito, con la esperanza de hacer algún negocio en la campaña del ejército. Rióse de las inquietudes que inspiraba á los generales el desorden administrativo, y, llamado al día siguiente por el duque de Angulema, se comprometió al abastecimiento de las tropas durante su campaña. Firmó con el intendente en jefe un contrato en virtud del cual podía tomar de los almacenes del Estado las provisiones necesarias para las tropas en territorio francés, y el tesoro del ejército le anticipaba los fondos que requería el aprovisionamiento en territorio español.

El duque de Bellune, que había ido á Bayona para substituir al general Guillemín, ratificó en calidad de ministro el contrato firmado con Ouvrard, y se volvió á París á encargarse nuevamente de la cartera de la guerra, que por una anomalía que en vano el público trató de explicarse, tuvo dos propietarios durante veintidós días. El general Digeón recibió el título de ministro de Estado al retirarse del ministerio. Ratificado el contrato de aprovisionamientos, el duque de Angulema mandó transmitir á toda la línea la orden de pasar la frontera en la mañana del 7 de abril.

Al enterarse el coronel Fabvier del arresto del Sr. de Lostende, el 28 de marzo, resolvió precipitar el movimiento insurreccional y se trasladó en seguida á San Sebastián. Esta plaza y la de Bilbao eran los puntos de reunión indicados á los refugiados. Había muchos en la Península, pero reinaba entre ellos la misma división

que entre los individuos más influyentes del carbonarismo, y fueron pocos los que acudieron al llamamiento. Cuando el coronel Fabvier contaba reunir á orillas del Bidasoa un cuerpo de más de 1.000 combatientes, como una de las bases de su combinación, tuvo la dolorosa sorpresa de encontrarse con dos miserables compañías, que sumaban en junto unos 120 franceses y 30 ó 40 piemonteses, formadas una en Bilbao y otra en San Sebastián por los condenados contumaces de Tolón, Nantes y Poitiers, y mandadas por el ex comandante Carón. No solamente faltaba tiempo para pedir y esperar la llegada de nuevos destacamentos, sino que era difícil que la compañía formada en Bilbao pudiese llegar á San Sebastián antes de que las tropas francesas hubieran invadido el territorio español. Sin embargo, ambos destacamentos se juntaron en Irún en la noche del 5 al 6 de abril, en el momento en que el coronel recibía el aviso de que el día siguiente el ejército francés pasaría el Bidasoa. Para llegar al punto de la frontera en que se hallaban preparados los armamentos y uniformes destinados á los insurrectos, había que remontar, durante cuatro leguas, la margen izquierda del río, atravesarlo por el puente de Vera, y bajar, en una extensión de dos leguas, por los caminos que de este pueblo conducen al territorio francés. Para esta marcha se necesitaba al menos un día y el coronel disponía apenas de unas cuantas horas; obligado á renunciar á los elementos preparados en aquel lado de la frontera, resolvió, á pesar de la poca fuerza de que disponía, intentar el paso por Behobia, pueblo situado á orillas del Bidasoa, á menos de tres cuartos de legua de Irún y que atravesase la carretera de Bayona á Madrid. El puente de Behobia, destruido en 1813 por el ejército francés, no había sido reconstruido. La comunicación entre una y otra ribera se operaba por medio de botes y una barca especialmente destinada al paso de caballerías y carruajes. Los refugiados no podían servirse de los botes, porque todos habían sido conducidos á la orilla francesa para el paso de las tropas invasoras. La barca continuaba haciendo el servicio de la carretera. Era sabido que cada día, á las once de la mañana, transportaba á la margen española la diligencia de Bayona á Madrid. El coronel quería valerse de aquella circunstancia para pasar la frontera. Las dos compañías se apoderarían de la barca, se harían conducir á la orilla opuesta y se precipitarían en medio del 9.º regimiento de infantería ligera, acantonada en aquel punto y que era uno de los cuerpos mejor dispuestos á acogerlos á los gritos de «¡viva Napoleón II!» y «¡viva la libertad!» La pequeña columna salió de Irún á las diez de la mañana, al mando del comandante Carón; todos los hombres de que se componía llevaban la escarapela tricolor; la mayor parte de ellos vestían uniforme de granaderos y cazadores de la antigua guardia imperial; iban precedidos de una bandera tricolor con un águila en el remate del asta. A dos ó trescientos metros de Behobia se cruzaron en la carretera con la diligencia de Bayona que, á causa de las circunstancias, había adelantado su salida. Los refugiados redoblaron el paso y llegaron á la orilla del río; pero la barca estaba ya de vuelta y los bateleros la amarraban en la opuesta orilla. Quedaba la esperanza de pasar el Bidasoa á pie una hora más tarde, en el momento de la marea baja.

Los estribos del puente cortado subsistían á cada lado de ambos territorios; un cañón cargado de metralla, servido por unos cuantos artilleros y sostenido, un poco atrás, por el 9.º regimiento ligero, ocupaba el estribo apoyado en la orilla de Francia; el coronel Fabvier y su pequeña columna, á la cual se prohibió cargar las armas, tomaron posición en el estribo opuesto, donde, agitando su bandera tricolor, entonaron la *Marseleses*. La corta distancia que separaba á las dos tropas permitía distinguir los menores movimientos de cada una de ellas y hasta oír las palabras pronunciadas en alta voz. El coronel Fabvier y sus compañeros fueron objeto de señales de inteligencia y muestras de simpatía de parte de algunos oficiales agrupados cerca del cañón y de parte de los soldados del 9.º ligero que cubrían la orilla. Continuaban los cantos de los refugiados cuando el general Valín, que mandaba la brigada de vanguardia, acudió y dió á los artilleros la orden de hacer fuego; éstos dispararon el cañón; pero, fuese que éste estaba mal apuntado, ó que los artilleros desviasen la puntería, esta primera descarga no hirió á nadie. Los refugiados gritaron «¡viva la artillería!» El general Va-

lín hizo cargar de nuevo la pieza; un segundo cañonazo mató al teniente Marotte, que llevaba la bandera, é hirió gravemente á dos ó tres oficiales que estaban á su lado. El teniente Bénies cogió la bandera y la agitó con nuevo ardor. Estalló otra descarga, pero dirigida contra los piamonteses, colocados entonces á la derecha del puente; varios de ellos cayeron mortalmente heridos y los cantos redoblaron. El general Valín, desconfiando de las disposiciones del 9.º ligero, hizo adelantar un numeroso destacamento de gendarmes, que hicieron fuego á su vez; sus tiros, disparados de cerca y con puntería, sembraron la muerte en las filas de los refugiados; murió el teniente Bénies y por segunda vez cayó al suelo la bandera tricolor. Los refugiados se retiraron entonces, dejando sobre el terreno diez y ocho compañeros muertos, sin que ninguno hubiese siquiera cargado su arma.

Los cañonazos disparados por el general Valín acababan de abrir la frontera española al ejército francés. En la mañana del 7 de abril, las tropas de la vanguardia, con el 9.º regimiento ligero á la cabeza, pasaron el Bidasoa por un puente de barcas, y, pocas horas después, el duque de Angulema entró en Irún.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Cortes españolas. La Asamblea decreta el traslado del gobierno á Sevilla; resistencia del rey; éste destituye dos veces á sus ministros. Las Cortes y Fernando salen de Madrid; fuerza y composición del ejército español; plan de defensa.—Entrada en campaña. El ejército francés en Tolosa; falta de víveres; quejas de las tropas; el señor Ouvrard. El ejército sigue su marcha; retirada de Ballesteros más allá del Ebro; llegada y permanencia del duque de Angulema en Vitoria.—El general Labisbal en Madrid; trata con los agentes del generalísimo; irritación de sus oficiales; Labisbal huye; su cuerpo de ejército se retira á Extremadura.—Marcha del duque de Angulema hacia Madrid. Entrada de los franceses en la capital española; desórdenes. Estado de los ánimos. Decretos de la *Regencia*. Los generales Bordesoulle y Bourmont se ponen en movimiento hacia Sevilla. Marcha de los generales Bourke y Molitor contra los cuerpos de ejército de Morillo y de Ballesteros.—Las Cortes en Sevilla. Medidas adoptadas para la defensa del reino. Resolución para transportar la residencia del gobierno á Cádiz; negativa de Fernando; suspensión de sus poderes; complot para libertar al rey; éste sale de Sevilla; motín de los habitantes; llegada de López Baños.—Entrada de los franceses en Sevilla.—Fernando en Cádiz. Bloqueo de esta plaza por los dos cuerpos de ejército de Bordesoulle y Bourmont.—El duque de Angulema en Madrid.—Marcha del general Bourke hacia Asturias y Galicia. Sumisión de Morillo. Quiroga. Los refugiados franceses en la Coruña. Rendición de la Coruña. Marcha del general Molitor contra Ballesteros; llegada de las tropas francesas á Murcia; ataque y toma de la fortaleza de Lorca. Encuentro de Campillo de Arenas. Sumisión de Ballesteros.—Salida del duque de Angulema de Madrid; desórdenes y violencias de los absolutistas. Llegada del generalísimo frente á Cádiz; cartas á Fernando.—Expedición de Riego; su llegada á Málaga; es perseguido y se mete entre los acantonamientos de Ballesteros. Perseguido otra vez por las tropas francesas, es alcanzado en Mancha Real y hecho prisionero.

El discurso pronunciado por Luis XVIII el 28 de enero, en el acto de abrir las Cámaras francesas, anunciando el envío de un ejército de 100.000 hombres á España, llegó á Madrid el 4 de febrero. El día 5, los ministros de Fernando pidieron á las Cortes y obtuvieron de esta Asamblea la autorización de completar y poner el ejército en pie de guerra, de tomar todas las medidas de seguridad pública y de hacer todos los gastos necesarios para la defensa nacional. El día 13, las Cortes resolvieron, además, que en caso de que las circunstancias exigiesen el cambio de residencia del gobierno, su traslado á cualquiera de las plazas del reino pudiera ser acordado por la Asamblea, previo informe de una junta de oficiales de reconocida ciencia militar y adictos á la Constitución. Fernando había creído poder esperar tranquilamente en su palacio de Madrid el momento en que las tropas francesas, victoriosas de las españolas, le devolvieran la plenitud de su antiguo poder. El último acuerdo de las Cortes le irritó. Dos días después expiraba la duración legal de la legislatura; el rey negóse á asistir á la sesión, dejando á los ministros el cuidado de redactar y leer el acostumbrado discurso de clausura. En este discurso de la corona se decía, entre otras cosas, que España podía contar con la energía de su rey en defender las nuevas instituciones, y con la resolución firmísima del príncipe de resistir á la invasión con que se atrevían á amenazarle. Estas protestas de fidelidad hechas en su nombre á un régimen que odiaba, aumentaron de tal modo la irritación de Fernando, que éste reconvino á sus ministros por haber puesto en su boca la expresión de sentimientos que no abrigaba, declarándoles que no saldría de Madrid sino en el caso de que se aproximaran los franceses. Los ministros le contestaron que los únicos jueces de aquella decisión eran las Cortes. Perdiendo toda calma, Fernando les injurió, les arrojó de su presencia, y firmó en el acto un decreto que pronunciaba su destitución. A este acceso de cólera siguió pronto el miedo. Al día siguiente, todo Madrid se pone en movimiento. El Municipio, la Diputación provincial y la comisión permanente de las

Cortes se reúnen en sesión; la guarnición toma las armas; la milicia nacional acude á la plaza de la Constitución; los gritos de *¡viva la Constitución!* y *¡vivan los ministros!* estallan con fuerza hasta al pie de los balcones de Palacio, donde se mezclan con los gritos de *¡una Regencia!* Asustado, Fernando hace llegar inmediatamente á los grupos la voz de que conserva á sus ministros y, á las diez y media de la noche, firma otro decreto que les mantiene en sus cargos, pero sólo *interinamente*.

Esta semi-concesión no podía satisfacer al pueblo ni á la milicia. La efervescencia popular continúa. El 20 de febrero, día fijado para la apertura de las Cortes ordinarias, los vecinos instalan en la plaza de la Constitución varias mesas en que el público firma memoriales pidiendo á la Asamblea el nombramiento de una Regencia. El gobierno tiene que apelar á la fuerza para reprimir la agitación, cada vez más amenazadora, dispersar los grupos y hacer desaparecer los memoriales.

Abrense las Cortes el 1.º de marzo; pero Fernando se niega también á asistir á la sesión, y los ministros, obligados á hablar en su nombre, leen un discurso lleno de protestas patrióticas. Corre el rumor de que un realista llamado Bessieres, después de haber logrado escapar á la persecución de todos los generales constitucionales, se acerca á Madrid al frente de fuerzas bastante considerables, para dar un golpe de mano y llevarse al rey. Alentado por tal anuncio, Fernando renueva la escena del 17 de febrero; reprocha duramente á los ministros las protestas que se han atrevido á poner en su boca, declara que no soportará por más tiempo su tutela y firma otro decreto nombrando nuevos consejeros. Estos se niegan á aceptar los cargos. Las Cortes declaran llegado el momento de trasladar fuera de Madrid la residencia del gobierno y obligan al ministerio á que declare el sitio elegido por el rey para aquel traslado. El antiguo gabinete no existía; Fernando no lograba constituir otro; obligado á contestar á la Asamblea, suplica á los ministros destituidos que vuelvan á hacerse cargo de sus carteras, y el 5 de marzo les encarga que